

En seguida charló con ellos alegremente de distintos asuntos, bromeó hasta con Pacotillas y luego los despidió colmándoles de atenciones, dándoles palmaditas y buenos consejos, llevando su cortesía á tal grado, que no quiso separarse de ellos hasta dejarlos al pie de la escalera.

CAPÍTULO X

En el Tivoli

El General se propuso ser espléndido, aprovechar la ocasión de hacer varios gastos en uno, sembrar algo para recoger mucho. Se propuso engolosinar á sus muchachos para que trabajaran recio, seguido y de buena voluntad; esto era lo de menos. Se propuso también obsequiar cumplidamente al ministro y á otros personajes muy encumbrados; y esto sí era muy importante.

Nada más justo, en concepto del General, que obsequiar al ministro: debía hacerlo por deber y por cálculo. Mediante la benevolencia del alto personaje había arreglado el General negocios de cuantía, que le habían producido ya una fortuna; y como aun le quedaban otros en carterá, era conveniente seguir contando con el beneplácito del prócer; y ¿qué mejor manera de conseguirlo que llenarle el estómago de succulentas viandas, la cabeza de vapores alcohólicos y el oído de lisonjeras y festivas frases?

Había que escoger bien la ocasión. Los obsequios, más

que buenos, han de ser oportunos, y el mejor de ellos empalaga ó disgusta si se le brinda fuera de sazón. Pero nada podría ser más oportuno que la comida proyectada: el ministro había subvencionado magnánimamente el nuevo periódico, era su patrono; venía, pues, muy al pelo presentar el chiquitín á quien tan generosamente lo apadrinaba.

Otra ventaja quiso López sacar del banquete, pues era muy amigo de matar dos pájaros de una pedrada, como suele decirse. El General H., que gobernaba el Estado de cuya diputación formaba parte López, estaba en esos días en México. El motivo aparente de su venida era restablecer su salud y descansar un poco de las gubernativas labores; mas en sentir de los maliciosos no había tales carneros, sino que en realidad había venido á concertar con el gobierno general las candidaturas para el nuevo congreso, que había de instalarse en Septiembre de aquel año.

Aunque el General López estaba seguro de su reelección, conveníale no comprometerla en nada, y la comprometiera quizá, si no cumplimentara como debiera, al alto personaje que tanto tenía que influir en la designación de los afortunados mortales que representarían en la Cámara popular la entidad federativa gobernada por él.

Había otro personaje á quien era muy del caso convidar, el señor Guerrero, hombre acaudalado y socio capitalista en la empresa de acopiar concesiones lucrativas, en que López era socio industrial.

Frotábase éste las manos con regocijo, pensando en las muchas ventajas que el banquete iba á producirle: des-

lumbraba á sus muchachos y agradaba á sus hombres; en las horas de solaz y esparcimiento, que esas reuniones procuran, tendría muchas oportunidades para remachar el clavo de su ya cierta candidatura, para sembrar en la mente de Su Excelencia, el señor Ministro, el germen de nuevos negocios, que, mañana ó pasado, se convertirían para López en árbol de frutos de oro.

Arregló, pues, en el Tivoli un banquete de diez cubiertos, desplegando la mayor prodigalidad; el sábado por la noche, víspera del gran día, citó á sus redactores para ver qué tal había salido el número prospecto, pues presentar este número á los ojos de su principal favorecedor, era el pretexto de la proyectada festividad.

No cupo en sí de gozo al ver en sus manos, recién salido de la imprenta y húmedo todavía, aquel número famoso, que al fin quedó á su gusto; en la primera plana una litografía, bastante mediana, representaba el busto del ministro; allí estaba, en efigie, el influyente personaje, mostrando sus vulgares facciones, con un parecido bastante aceptable.

En la misma primera plana se leía un editorial titulado nuestro programa, y suscrito «La Redacción.» Fué obra maestra del Changuito, que empleó tres noches cabales en forjar, acicalar y pulir aquel primer parto de su ingenio periodístico. Comenzaba así: «Con modesta actitud y firme ánimo asentamos hoy el pie en el estadio de la prensa, fija la razón en luminosos ideales, y llena el alma con el grandioso sentimiento de la patria...»

En pos de esta frase de relumbrón venían otras tan almibaradas como ella, en que los nuevos redactores, con

mucho de «nuestras escasas luces,» «puras intenciones» y «patrióticos fines,» daban á conocer sus propósitos, que no eran otros que contribuir á la felicidad de la nación, ilustrando á los gobernados y advirtiendo á los gobernantes.

Como la sombra al cuerpo, seguía al editorial la biografía del señor ministro. Fué también obra de la lisonjera pluma del Changuito, y tanto le exaltó y engrandeció, que hasta el mismo *biografiado* corría peligro de desconocerse y creerse hombre insigne. Como el señor ministro no pasaba, cuando mucho, de ser persona estimable, y no había hecho en su vida cosa que valiera la pena de ser contada, el biógrafo, á falta de obras, habló de la precocidad de aquel personaje eminente, de sus notabilísimos estudios, de sus nobles propósitos, de su grande inteligencia, de su vasto saber y de otras excelsas prendas, que tan escondidas las tenía Su Excelencia, que ninguno las hubiera sospechado, á no revelarlas el autor del finchado panegírico.

Venía luego un artículo de bella literatura, obra de Pacotillas, quien tuvo el capricho de firmar con el pseudónimo Ariel; en seguida una gacetilla flamante, llena de estupendas noticias, supuestas más de la mitad, y cuyo primer suelto anunciaba en términos pomposos que el señor Gobernador H. estaba en la capital.

No pocas contrariedades y desabrimientos causó al General el tal número. Fué una de ellas la tenacidad con que Pacotillas se negó á escribir la biografía; á él le encargó el director la tarea, mas el muchacho se opuso, alegando que no pertenecía á su sección; y que aunque

perteneciera, él tenía el propósito irrevocable de no hacer biografías más que de muertos.

El litógrafo también ocasionó algunos disgustos al director, pues el malhadado retrato no quería salir bien. La primera vez el ministro salió demasiado viejo, la segunda demasiado feo, la tercera muy borrado; hasta la cuarta no quedó regular.

Pero en fin, ya tenía en las manos el periódico, leyó con deleite el editorial, le gustó mucho la biografía, leyó de mala gana el artículo de Pacotillas, y volvió á deleitarse al leer la gacetilla. Despidió á sus compañeros, citándolos en el Tívoli para las doce del día siguiente y recomendándoles la mayor puntualidad.

Estos convinieron en reunirse á las once y media en el Portal de Mercaderes, pero el flogísimo de Pacotillas se hizo esperar hasta minutos antes de las doce. Riñéronle por su morosidad, y á toda prisa tomaron el wagón de la Tlaxpana de las doce y siete.

—Vamos á llegar después de la media,—dijo el Chango,—¡qué mortificación! hacer esperar tanto tiempo á esos señores, y todo por este perezosísimo.

—Llegaremos demasiado temprano,—dijo desdeñosamente el aludido,—¡ya se ve!—agregó en tono de burla,—aquí va el presidente de la República disfrazado de mono; y el ministro, el gobernador y el general han de estar en ansias porque llegue, esperándole con los brazos abiertos.

El Chango no contestó la broma de su compañero. Estaba impacientísimo. El wagón rodaba pesadamente, produciendo un rumor sordo y grave, acompañado del agudo y acompasado sonar de los cascabeles; de vez en

cuando oíase el traqueteo estrepitoso, producido por la acción del garrote y la brusca detención del pesado vehículo; entraba algún pasajero, sonaba la campanilla y el voluminoso coche seguía rodando.

Como lo presumía Pacotillas, al llegar al Tívoli el local estaba desierto. Nuestros amigos, cogidos del brazo y fingiendo gravedad, se adelantaron por la calzada de entrada. El amabilísimo encargado del establecimiento les salió al encuentro, diciéndoles en un chapurrado de castellano y francés:

—Perdón, *siñogues*: ¿son por azar de los que *espega* el General?

—*Oui monsieur*, — contestó Pacotillas.

—*Entonce*, pasa *sil vous plait*, al salón de bolos.

—Preferimos pasear por aquí, hasta que nos reunamos todos los invitados, — dijo el Chango con énfasis.

Y tomando por una calzadita de la derecha, dieron vueltas y más vueltas por entre kioscos y cenadores; dió la una y los encopetados personajes no parecían, hasta que, cerca de la una y media, oyóse el rodar de un coche que entró triunfalmente al Tívoli, deteniéndose al lado de un gran cenador pintado de rojo.

Era el coche del señor Ministro; dentro, en el testero veíase á éste y al señor Guerrero, en el asiento delantero sentábanse López y el señor Gobernador; de junto al cochero saltó con agilidad un lacayo y abrió la portezuela sombrero en mano; salió con rapidez el General López, y con amable sonrisa presentó al Ministro la mano derecha para ayudarle á bajar. Descendió el grave personaje, haciéndolo después los otros dos señorones.

Los jóvenes permanecían de pie á alguna distancia, mostrábanse indecisos, sin saber si debían salir al encuentro de los personajes, ó si sería mejor esperarlos; antes de salir de la duda vieron que venían hacia ellos: el General López, dando el brazo al Ministro, y detrás los otros dos personajes, también cogidos del brazo. El General hizo las presentaciones respectivas y todos se saludaron recíprocamente. El Chango y Torres manifestaban mucha amabilidad, en la actitud y maneras de Pacotillas se echaba de ver el fastidio que le consumía.

—¡Mucho os hice esperar, jóvenes amigos! tuve que ir por el señor Ministro, que estaba ocupadísimo.

—Tenía mucha gente en la antesala, y si no ha sido porque el General me saca de las garras de tanto importuno, no sé hasta qué horas me libro de ellos.

—Es cosa divertida, —dijo el Gobernador. — Yo no soy tan patriota como el señor Ministro; ya mi portero sabe que en casa no despacho, y no recibo más que á mis amigos, y eso cuando no llevan negocios.

—¿Ya estamos cabales? —preguntó Guerrero, el cual era un viejecito de ronca voz, aire displicente, tez amarillenta, cuerpo regordete y un tanto encorvado.

—Ya sólo falta el señor Presidente de la Cámara, pues dos compañeros á quienes invité se han excusado. Mas ¡qué ve! —añadió, dirigiendo la vista á la entrada, allí viene nuestro insigne presidente.

Acercóse entonces al grupo un hombre como de cuarenta años, de fresca tez, bigotes esmeradamente retorcidos y traje acicaladísimo, y saludó deshaciéndose en cortesías y en excusas.

—Si el señor Ministro y demás personas que me honran, se dignan pasar un momento al boliche, jugaremos un rato, y tomaremos algo que nos abra el apetito.

Se contestó que allí el General mandaba en jefe, se cambiaron palmaditas, apretones de manos, amables sonrisas y agudas bromas. Sacó el General henchida petaca, ofreció puros, que fueron aceptados por el Presidente de la Cámara y por el Gobernador; después de todo lo cual, exclamó López como si mandara la tropa:

—¡A la izquierda! ¡marchen! ¡los niños por delante!

Los jóvenes, un si es no es, cortados por codearse con tan eminentes personajes, tomaron la delantera, cambiándose apenas frases tímidas; mientras que, como si estuvieran en su casa, chacoteaban alegremente los próceres que los seguían.

Los comensales penetraron al boliche, tras ellos llegó un criado con una gran charola, conteniendo como una docena de copas pequeñas y media de grandes; á este criado seguía otro, que llevaba una botella de coñac, otra de vermouth, otra de Jerez y dos sifones de agua gaseosa; acomodaron su carga sobre la mesa, destaparon las botellas y se fueron. En tanto, el criado del boliche, colocado en el otro extremo del largo salón, colocaba poco á poco los palos.

—¡Uf! ¡qué calor! —dijo el General, descubriéndose y enjugándose la frente con un pañuelo blanquísimo. — Remojemos un poco las fauces: ¿qué le sirvo al señor Ministro?

— Un poquito de Jerez.

— Servido, — dijo el General escanciándole. — ¿Y al señor Gobernador?

— A mi de lo que raspa, écheme coñac.

Sirvióle el General López, y preguntando á Guerrero lo que apetecía, contestó éste que su dispepsia le vedaba tomar licores, cualesquiera que fuesen ellos, que tomaría tan sólo agua gaseosa. Fuéle servida por el galante anfitrión, quien, inmediatamente después, preguntó al Presidente de la Cámara lo que gustaba.

— ¡Pst! — contestó éste, jugando con el elegante bastón, — yo de lo más suave que haya, por ejemplo, coñac.

— ¡Gracioso! — contestó el General, sirviéndole, — ¡vaya con las suavidades!

Los personajes obsequiados estaban en pie alrededor de la mesa, cada uno con su copa en la mano derecha; los tres jóvenes se habían quedado cerca de la puerta con visible cortedad.

— Acercaos, mis jóvenes amigos, — dijo López, — id declarando vuestros gustos: ¿qué prefiere el señor Robles?

Este se adelantó, sonriendo con amabilidad suma, y deshaciéndose en cortesías, dijo:

— Tomaré con gusto lo que el señor General se digne ofrecerme.

— De ningún modo, — contestó López, — aquí hay libertad de pareceres, ¡paso á la opinión libre! ¡á la palabra libre y hasta al voto libre! — añadió riendo. — No estamos en el Congreso, — añadió, guiñando el ojo al Presidente de la Cámara.

— Lengua viperina, — dijo éste, — aquí habla por lo que allí calla, allá me ha de hacer los guiños.

— Bien me guardaré de ello.

Entretanto el Changuito se había quedado riendo, temeroso de que por bromearse, se olvidaran de él aquellos señorones. Mas López, que era muy atento, se dirigió á él, pasado aquel incidente, y le dijo:

— Ya ve usted, mi amigo, hay libertad de gargantas; conque á escoger.

Vacilaba todavía Robles. Algo hubiera dado por adivinar lo que el General tomaría; mas, no pudiendo acertarlo, creyó que lo mejor sería seguir el ejemplo del personaje más encopetado, y pidió Jerez.

— Ahora el señor Téllez, ¿qué le sirvo?

— Coñac, — contestó éste secamente.

— ¿Y el señor Torres? — preguntó López, dirigiéndose al nombrado.

— Cualquier cosa, señor; como yo soy el gacetillero, escribiré en mi estómago un suelto con coñac.

Los personajes graves celebraron aquel chiste; su autor había cavilado más de cinco minutos, previendo aquel caso para salir de él con lucimiento; quedó, pues, muy regocijado por la buena acogida que su dicho tuvo.

El General, así que hubo servido á todos, tomó para sí una de las copas grandes, la llenó como hasta la tercera parte de coñac, acabando de llenarla con agua gaseosa.

— ¡Ea! Ya estamos todos con las armas en la mano; ahora apuntemos, — agregó tendiendo el brazo para acercar su copa á las de los demás. — A la salud de ustedes,